encantadoras señoritas que integran el hermoso plantel del amor y de la belleza, de la bondad y de la alegría, que ha venido a abrillantar el acto; al inteligente escritor y a los laboriosos obreros que conquistaron premios; a la Prensa, que encauza estímulos laudables y alienta al que trabaja; al auditorio todo, porque todos los aquí congregados merecen gratitud de la Academia, porque cuantos a esta Junta han asistido, han patentado amor a la cultura y amor a Toledo.—He dicho.

Adolfo Aragonés de la Encarnación
Secretario perpetuo.

MISCELÁNEA

VII.—Un poco de música.

Revolviendo archivos se encuentran muchas noticias, en las que no se había pensado. Tal me ocurre con las que voy a dar de músicos, de órganos y de organeros. Solamente pensaba yo hablar de estos instrumentos y de sus fabricantes, pero la casualidad me hizo dar, en el archivo de la parroquia de San Justo, con los libros de la Cofradía de San Acacio, establecida en una capilla de aquella iglesia, y como la corporación estaba formada casi en su totalidad de músicos y cantores de la Catedral, he creído conveniente dar a conocer los nombres de estos artistas, modestos muchos y otros muy notables, exhumándoles así del olvido en que yacen y facilitando los datos hallados a quienes de lleno se entreguen a estudios e investigaciones musicales.

Los libros que constituyen el archivo de la Cofradía son seis. Uno de actas, en que faltan las primeras hojas, y el acuerdo más antiguo consignado en lo que queda es de 21 de junio de 1610. Otro de actas que empieza en 1640. Otro de lo mismo desde 1674. Y dos de cuentas comenzados en 1711 y 1766, consignádose en éste, como final, la cuenta de 1785. El sexto es el que contiene las ordenanzas y del que daremos razón más adelante. En el primero de estos libros hay un inventario formado en 1609, que voy a extractar por creerlo interesante:

Empieza por el retablo de escultura dorada con dos cuerpos: en el primero San Acacio con su cruz y en el segundo Nuestro Señor. Está adornado con unas columnas de azul y oro, fijas en la pared. «Tiene de ornato a los lados el dicho retablo, dos cuadros grandes de pintura, con guarnición de madera dorada, en que están pintada la historia y martirio de los gloriosos mártires, conforme a las liciones de su oficio y maitines.

«Tiene un frontispicio de madera y oro y azul que toma todo el retablo con una historia de la gloria con unos ángeles, y tiene un cielo de madera pintado de oro y azul, estrellado de oro, que toma toda la fachada del retablo.

«Debajo de los cuadros de pintura, están dos tablas con unas fajas doradas, con dos letreros; el primero contiene el Martirio de los gloriosos Mártires y el segundo, el jubileo perpetuo que se trujo para la hermandad de los gloriosos Mártires, que es plenísimo: gánase el día de la entrada, en la víspera y día del Santo y en el articulo de la muerte, y los días de San Justo y Pástor y todos Santos y Asunción de Ntra. Señora y otros días como por él parece. Todo lo cual, excepto los dos cuerpos del retablo, lo ofreció por su devoción a los gloriosos mártires, Gaspar López, solicitador general de la obra de la Santa Iglesia de Toledo, criado de la buena memoria de don Garcia de Loaisa Girón, arzobispo de la dicha Santa Iglesia.»

Un cajón de nogal para la cera, ropas y otros usos, «sobre que carga el retablo».

Una tarima, junto al altar, para decir misa.

Una casulla de raso carmesí vieja.

Un alba de lienzo casero.

Estola, manípulo, faldones y bocamangas de terciopelo carmesí, de labores sobre campo amarillo.

El cuello del alba citada.

Un frontal viejo de red.

«Otro frontal de guadamacil dorado, con las insignias del glorioso santo, que lo ofreció el diho Gaspar López.»

Una lámpara frente al altar, donación de Gaspar López.

Unos candeleros altos, de metal, dados por Gaspar López.

Una sábana de Ruan, que dió Gaspar López, guarnecida de puntas.

Una sábana de altar vieja.

Un libro encuadernado del oficio y canturia de los Santos.

Un candelero grande de madera para poner la cera en las fiestas, «en el cual están pintados los martirios de los santos y dorado. Púsose en el altar una peana con las palabras de la consagración.»

Doce hachas blancas de un pabilo que van sirviendo en las fiestas.

Y no tenían más. Gaspar López, generoso donante de varias cosas, no fué cofrade hasta el año 1610.

Hay otro inventario de 1692 con cortas variantes con el reseñado, pero que vamos a anotarlas. En la descripción del retablo se dice que la estatua de San Acacio estaba sobre una peana dorada que la dió el Dr. D. Francisco García Dávila, canónigo y arcediano de Guadalajara en la Catedral de Toledo, que había sido mayordomo de la cofradía.

Se aumenta un frontal de lienzo pintado con el santo en medio.

Un órgano con palos y correones para mudarlo y alquilarlo, del que hablaremos más adelante.

Un frontal de damasco encarnado «todo gayonado de galon de oro y fluecos de Milán» y en medio un escudo bordado con el santo, y por último,

«El libro de las ordenanzas escrito en pergamino y con encuadernación de tablas aforradas de cabritilla y con sus manecillas, y advierto que la aprobación de dichas constituciones es del Sr. Cardenal y Arzobispo de Toledo D. Fr. Fran.co Ximénez de Cisneros, como consta por su firma, que la escribió en la villa de Illescas el año 1502, y advierto esto para que se tenga mucho cuidado con ellas por estar para beatificarle y haber muchos golosos a esta reliquia.»

Sabido es que la beatificación de Cisneros no se hizo, y sin duda por eso *los golosos* dejaron el libro en el archivo de la parroquia, de donde pasó al diocesano que le conserva y en donde le hemos visto. Su portada dice: «Reglas r ordenanças». En 4.º; diez folios numerados y una hoja blanca al principio; pergamino; texto en rojo y negro. Iniciales rojas y grandes sin adornos. En el folio 10 la aprobación firmada por Cisneros. La encuadernación en madera y piel con adornos hechos con hierros sin colores, y en los adornos abundan coronas. El texto se divide en XXXII capítulos, y algunos son muy curiosos, sobre todo los que se refieren a bodas y a barraganas.

En los libros de acuerdos hay algunas noticias interesantes en

materia artística, pero éstas van en un libro que preparamos sobre las parroquias toledanas, limitándonos ahora a las referentes a músicos.

El más antiguo que hallamos es Juan de la Peña, con el título de Maestro de la Melodía de la Catedral. Era mayordomo de la cofradía en 1619, y lo volvió a ser en 1633, y en este año era también mayordomo el racionero Juan de la Bermeja, maestro de capilla, de modo que había dos cargos parecidos, pero distintos. No hemos hallado otro maestro de la melodía más que Peña. Los maestros de capilla que fueron cofrades de San Acacio son nueve. El primero, el ya citado Juan de la Bermeja, que volvió a ser mayordomo, y en su tiempo se hizo el frontal de lienzo pintado, que inventaríamos antes y murió siéndolo en 1642 y la cofradía hizo decir 30 misas por su ánima.

Debió sustituirle Luis de Garay, que se recibió de cofrade a 22 de junio de 1644, al mismo tiempo que el cantor Valerio de la Torre, y como les pidiesen la limosna para sufragios de cofrades difuntos, dijeron que no la daban y que les borrasen de los libros de la hermandad. Entonces se acordó que a quien repitiese tales frases se le borrase de hermano, pero no rezó con ellos el acuerdo y siguieron en la cofradía.

Siete años después, a 6 de junio de 1651, entró de cofrade Tomás de Miçieres y en 1.º de abril del 52 le hallamos ya de Mayordomo presidiendo, en unión del otro Mayordomo Simón de Morales, organista, la visita para ganar el jubileo santo. Esta procesión, formada por 43 cofrades, salió de San Justo yendo en dos coros, «llevando por estandarte y guión, la Santa Cruz que tiene en la mano nuestro glorioso San Acacio» y la llevaba D. Carlos Spínola, Canónigo y dignidad de la Catedral y a sus lados los Canónigos D. Antonio Manrique y D. Diego del Mármol. En esta forma visitaron las iglesias de San Juan de los Reyes, San Pedro Mártir, San Marços y la Catedral, no sólo ese día, sino también el 2 y el 3 siguientes.

En la junta de 23 de junio de 1687, hallamos de cofrade al racionero y maestro de Capilla Pedro de Ardanaz, que propuso se hiciera un arco para el santo a fin de no tener que buscarle o alquilarle todos los años, y en 26 de junio de 1688, le encargaron buscase quien hiciese un órgano mejor y más barato, cuya comisión cumplió fielmente como veremos más adelante cuando nos ocupemos de los maestros organeros.

No sabemos más de Ardanaz ni de su sucesor, si lo hubo antes de 1707, en que a 13 de junio se recibe de cofrade el notable compositor Juan Bonet de Paredes, cuya biografía se encuentra en varios diccionarios, y que murió en Toledo en 24 de febrero de 1710, y detrás aparece otro compositor aún más célebre que Bonet, o sea el gran músico, honra de la capilla de la catedral, Miguel de Ambiela, que se recibió por cofrade en 8 de junio de 1713, y le hallamos de mayordomo de la cofradía en 1717.

Revestido con el cargo de mayordomo hallamos en 1722 otro maestro de capilla, D. Gregorio Portero, pero no de la catedral de Toledo, sino de la de Granada, y a quien no volvemos a hallar, y en 12 de febrero de 1735 entra de cofrade D. Jaime Cassellas, racionero, como los anteriores, y maestro de capilla, que fué mayordomo en 1738. Este tenía un sobrino de sus mismos nombre y apellido, que prometía ser un gran músico, y lo presentó a la cofradía, admitiéndosele en 23 de junio de 1736, y que, desgraciadamente, seis días después, el 29 del mismo mes, había dejado de existir.

El último maestro de capilla que perteneció a la cofradía y de quien tengo noticias, es D. Juan Rossell, que fué recibido por cofrade en 31 de agosto de 1765, y dada cuenta de éstos, pasemos a citar los músicos que hemos encontrado.

Violines.—Sólo tres hemos hallado que tocasen ese instrumento: Juan Frías, en 1694; D. José Rocatalla, en 1735; D. Francisco Leblic, que vivía en 1774 en una casa de la plazuela de San Justo, y a quien la fábrica de esta parroquia tenía retenido el sueldo para pago de los alquileres; murió en 1799, y D. Francisco Madrona, en 1744.

Violón o contrabajo.—D. Tomás Núñez Santin, en 1707; don Francisco Romero, en 1727, y don Pedro López de Bargas, en 1728.

Arpistas.—En 1682, D. Diego Hernández Huete, y en 1713, don Matías Rodríguez.

Oboe.—D. Raimundo Castaño, en 1732.

Bajonistas.—D. Santiago Blas Martínez, en 1715, y D. Manuel Silvestre, en 1757.

Músicos, sin que se sepa qué instrumento tocaban.—1610, Juan Peraza es el primero que se sabe ingresara de cofrade, al mismo tiempo que el cantor Juan García.

1613, Juan de Villegas, que en este año era mayordomo, y por lo tanto cofrade antiguo.

1645, Tomás Montes, músico capellán.

1672, Miguel López y Juan del Campo.

1689, Alonso de Avila, era contador y visitador de la cofradía.

1706, D. Diego de Quiñones.

1713, D. José Ferrer.

1725, D. Manuel Solano y D. Alfonso de la Cuesta.

1728, D. Tomás López de Aguilera.

1735, D. Juan Manuel Calvo.

1749, D. Jerónimo Bertolucci, presbítero, y D. Pedro Palacios.

1755, D. Isidro Cataneo, D. Francisco Montalí y D. Tomás Gironda.

1760, D. José Casanova.

1765, D. Francisco y D. Vicente, cuyos apellidos no se consignan en las actas de su recepción.

Citados ya todos los músicos instrumentistas, pasemos a hablar de los músicos de voz o cantores, que son los siguientes:

Tiples.—1641, Juan García y Juan López.

1715, D. Tomás de Añorbe.

1754, D. Cayetano Lanetti.

Contraltos.—1701, D. Francisco de Peralta, que murió en Granada no se sabe el año.

Tenores.—1737, D. Juan Escolano, racionero de la catedral.

1757, D. Francisco Romero.

Sochantre.—1694, D. Francisco Díaz.

Cantores cuyo timbre de voz no se dice:

1610, Juan García, vivía aún en 1641.

1611, Juan Nieto.

Alonso Carrillo, fué mayordomo en 1618, en compañía de Gaspar Téllez, que era Ministril.

Francisco Gutiérrez.

Pedro de Alcaraz.

Pedro Martínez.

Diego Montero.

Alonso de Aguayo.

1613, Alonso Díaz, era mayordomo; murió en 1642 y le dijeron 30 misas.

1619, Juan Fernández, era mayordomo en unión del Maestro de la Melodía Juan de la Peña.

1638, Gregorio Núñez.

1639, D. Pedro Montesinos y el señor Sebastián de Borunda.

1644, Juan García Pérez, Melchor Rubio, Francisco de Benito Martínez, Gregorio de Bustos, Valerio de la Torre, de cuya recepción hablamos anteriormente al hacerlo del Maestro de Capilla Luis de Garay, Miguel Ros, que era capellán, Agustín de Santa María y Esteban de Aguilera.

1646, Luis de Vidaurri.

1647, José de Vidaurri, seguramente pariente cercano del anterior, Francisco del Paso, Juan Gómez de la Osa, que fué ayudante de mayordomo, en 1665, y Juan García Vidal.

1650, Juan Correa y Juan López Rubio.

1653, Pedro de Chavarri, Cristóbal Muñoz, y Gabriel González Trejo.

1654, Francisco Serrano.

1655, Francisco de la Fita y Cristóbal Rodríguez, que había ingresado antes y este año le nombraron ayudante de Mayordomo.

1657, Antonio Bernabé de Bermuda hace su ingreso en la cofradía y nombraron oficiales a Gabriel Martín e Ignacio de Izqua, que debían ser cofrades más antiguos.

1684, Miguel del Valle.

1714, D. Dionisio Fita y D. Pedro Rivera.

1718, D. José de Mena.

1751, D. José Ramírez.

1755, D. Juan Palacios, a quien se le clasifica de músico de voz.

Terminados los músicos instrumentistas y cantantes, vamos a ocuparnos de los organistas y de los organeros, que a veces eran ambas cosas, y seguiremos con ellos el mismo método cronológico empleado hasta ahora. El organista más antiguo que hallamos es Antonio de Benavente, que en 1518 compró unas casas de la parroquia de San Andrés, de la capellanía de Mari Gutiérrez, y que estaban frente a la puerta de los Escalones de la misma iglesia, extendiéndose la escritura a 10 de enero ante el escribano Juan Sánchez Montesinos. En 1633 era organista de la catedral Juan Bautista Gascón, que ingresó en la cofradía de San Acacio en 21 de junio, y continuaba en ella en 1645, y en unión de su mujer, D.ª Catalina del Castillo, firmaron en 9 de abril una escritura de imposición de censo a favor de la fábrica de la parroquia de San Andrés, cuyo instrumento pasó ante el escribano Juan de Salamanca. Es de advertir que en la catedral había varios organistas al mismo tiempo, en algunos años había hasta tres, que yo sepa.

Sigue en antigüedad Juan Sebastián, racionero, del que sólo sabemos que se murió en 1642, y la cofradía le dijo 30 misas.

En las listas de cofrades de San Acacio de 1646, aparece Simón de Morales, y en las de 1667, se anota al margen de su nombre que murió en Toledo, así como Miguel Díaz que había ingresado en la cofradía en 1647, al mismo tiempo que Miguel del Alberca, de quien nada más sabemos.

En 4 de julio de 1672 se recibió de cofrade al racionero D. José Sanz, y en 18 de octubre de 1681 Pedro Gaude, que murió en 24 de marzo de 1701.

Síguele en antigüedad D. José Solance, racionero, que se recibió de cofrade en 21 de junio de 1682. En 8 de julio de 1684, se recibió Jacinto de Apestegui, y ya en lo que queda del siglo XVII, no se encuentra más que a Domingo de Mendoza, que no pertenece a la cofradía de San Acacio, pero era organista de la Catedral en 1699, como veremos al tratar del organero y organista Antonio de Chavarría. En 1670 había un organero, Francisco Díaz, que era también organista, no se sabe de dónde.

En el siglo XVIII hallamos solamente ocho, que son D. Jacinto del Río, que era racionero y se recibió de cofrade en 24 de junio de 1714; D. Joaquín Martínez que ingresó en 25 de junio de 1725, y seguía en la corporación en 1740, y otro del mismo nombre, a quien para distinguirles llamaron el menor. D. Joaquín de Ojinaga, recibido en 26 de junio de 1751, D. Tomás Martínez, que en 1752 intervino en la construcción de un órgano de la parroquia de San Antolín, como veremos más tarde, y D. José Joaquín Beltrán, que se recibió en la cofradía en 31 de agosto de 1765. Todos los organistas citados lo fueron de la catedral de Toledo, y, aparte de éstos, aparecen Juan Guerra Juan de Luna, que tocaron el órgano en la parroquia de San Juan Bautista el Real en 1775 y 1776 en las fiestas de San Francisco Javier, por lo que cobraron, 20 reales el primero y 30 el segundo, pero en las cuentas de la cofradía de este santo jesuíta no se consigna si eran organistas de la catedral o de otra iglesia.

Entremos ahora a tratar de los organeros, de los que en el siglo XVI conocemos un Francisco Gómez y Gaitán, que en 1547 afinó el órgano de San Cristóbal por 1704 mrs., y en la misma iglesia, otro Francisco Gómez, o el mismo, sin ponerle el apellido Gaitán, echó fuelles nuevos al órgano en 1579, por 3740 mrs.

Acaso hijo de éste fuese un Juan Gómez, que en 1609 le puso

cañones nuevos al órgano de la parroquia de San Bartolomé de Sansoles, y no sería extraño que de la misma familia, aunque no debe ser el mismo, hallamos muchos años después otro Juan Gómez Arias, de quien hablaremos a su debido tiempo si no hemos de perder el orden cronológico que nos hemos trazado.

En 1610 encontramos un Francisco Rivas, que hizo órgano nuevo o reparos grandísimos en el de San Cristóbal, en cuya fachada trabajó en aderezarla en 1626 un Sepúlveda, a quien se le da el nombre de Maestro de Carpintero, pero no el de organista.

Fernando de Arribas adereza el órgano de la parroquia de San Juan Bautista el Real en 1623. Quintín de Mayo adereza el de San Antolín en 1636, y otro Nicolás de Mayo, adereza el mismo órgano en 1644, y el de San Justo en 1646.

En 1638, Juan Gómez Arias, citado antes, aderezó el órgano de Santa Justa, y un año antes el de San Cristóbal, y pocos años después aparece el más antiguo de una familia de organeros distinguidos, de apellido Puche. De éstos, Juan, en 1649, llamándose afinador de los órganos de la catedral, adereza el órgano de San Cristóbal, sin que le volvamos a hallar; pero en el año de 1644 y 45, aparece Miguel del Puche, acaso su hijo, aderezando el órgano de la Magdalena; en 1650, el de Santa Leocadia, lo que repite en 1674, y el de San Andrés, en 1683. Al mismo tiempo que éstos vivía un Joaquín del Puche, que sería el más joven de todos, pues alcanza al siglo XVIII, como veremos después. Este hizo una compostura del órgano de Santa Justa en 1688, y el mismo año, habiendo acordado la cofradía de San Acacio de la parroquia de San Justo hacer un órgano, el Maestro de Capilla Pedro Ardanaz, comisionado para buscar quién lo hiciera mejor, se lo encomendó a Puche, por acuerdo de 24 de julio, y en 30 del mismo se extendió escritura de obligación, ante el escribano Diego Fernández Dávila, comprometiéndose nuestro organero a construirle por 1520 reales, más 42 de los correones y 15 de las palancas para moverle, que hacían un total de 1.577 reales. El órgano era de los llamados realejos, para que la cofradía lo pudiese alquilar para otras iglesias, y por esto acordaron que no le echase trompetas, por la facilidad que tienen en desafinarse con los movimientos. Después se alteró el precio, ajustándose definitivamente en 2.300 reales, que le acabaron de pagar en 1690, y aún no hacía un año, cuando necesitó una compostura, que hizo el mismo autor en 1691. En 1698, hizo un reparo importante en el órgano de la parroquia de la

Magdalena, por el que cobró 41.268 maravedís. En 1705 hizo un órgano realejo nuevo para la parroquia mozárabe de Santa Eulalia, dándole el viejo y 1.106 reales encima.

No eran los Puche los únicos organeros que había en Toledo, pues, en 1632, hizo un reparo muy grande al órgano de San Bartolomé de Sansoles Roque de Rivilla, quien, en 1656, aderezó el de San Andrés, y en 1664, el de Santa Justa. Pocos años después, en 1670, Francisco Díaz, organero y organista, aderezaba el de la iglesia de Santa Justa, y acaba el siglo con la construcción de un órgano para la parroquia de San Bartolomé. Lo contrató la fábrica con Antonio de Chavarría, «organista que fué en la Santa Iglesia de esta ciudad», y sin duda era más organista que organero o estaba ya muy viejo, lo cierto es que el órgano salió defectuoso y no hubo manera de que lo compusiese, «por ser muy pobre», dice la cuenta de la fábrica, y entonces tuvieron que acudir a Domingo de Mendoza, organista y maestro de hacer órganos, y este le dejó perfecto por 1.966 reales, de modo que costó el órgano 4.266 reales que no hubiera podido pagar la iglesia si el Cardenal no le ayudara. Esto ocurrió en 1699.

Entrando en el siglo XVIII, hallamos, recibiéndose de cofrade en la de San Acacio en 13 de julio de 1715, a un Juan Manuel Sánchez, organero que salió de seise en 13 de febrero de 1728, y en 1719 vemos construir órgano nuevo, con caja de madera tallada, en la iglesia de San Justo, a D. José Martínez Colmenero, a quien dieron el órgano viejo con su caja y 4.600 reales por el nuevo. No sabemos si sería toledano o habría venido de otra parte, porque no se hallan más noticias suyas.

En 1743, la parroquia de San Cipriano pagó 6.524 reales a Francisco Antonio Díaz, por un órgano nuevo, dándole además el viejo. El mismo maestro hizo en 1756, por 70.448 mrs., órgano nuevo para la parroquia de San Ginés, y, como en la anterior, le dieron el viejo. Lo reconoció y aprobó el organista de la catedral Joaquín Martínez, y lo doró Juan Martín Corrales. Cuatro años antes, en 1752, hizo otro para la parroquia de San Antolín por 5.500 reales, y también lo aprobó el citado Martínez, organista mayor de la Catedral, y, finalmente, en 1557, apeó y compuso el de la Magdalena por 6.460 mrs. Perteneció a la cofradía de San Acacio, en la que ingresó en 4 de noviembre de 1745.

Otro organero, más notable que los otros, pues además de maestro organero se denominaba retablista, es Luis Berrojo, a

quien hallamos en 1733 construyendo un órgano nuevo para la iglesia de Santa Justa por 5.965 reales y 22 mrs., por cierto que sólo le dieron en dinero 1.124 reales y 12 mrs., y lo restante en 150 onzas de plata que pesaron unos cetros y una demanda de la extinguida cofradía de la virgen de los Angeles, y la cera que tenía ésta, además de algunas limosnas de los feligreses. Cinco años después hizo otro para la parroquia de Santa Leocadia por 5.077 reales y 4 mrs., y le dieron de guante 30 reales y 4 mrs. Al año siguiente, durante las grandes obras que se hicieron en la parroquia de San Justo, apeó y volvió a armar el órgano, cobrando por ello 300 reales. Este mismo, contrató en 20 de abril de 1744, con la fábrica de la parroquia de San Juan Bautista el Real, la construcción de un órgano por 5.500 reales de vellón y con las siguientes curiosas condiciones: «Primeramente ha de tener un flautado de trece, colocados en tres castillos; su entonación ha de ser de término de capilla, admitiendo que los dos caños mayores han de ser de madera, que han de estar dentro de la caja que es el faud y el de la, sol, re, y sale a la fachada el clami; tiene este registro cuarenta y cinco caños.

«Mas otro registro de octava abierto de cuarenta y cinco caños.

«Mas otro registro de docena clara, de cuarenta y cinco caños.

«Mas otro registro de quincena de cuarenta y cinco caños.

«Mas otro registro de diez y novena de cuarenta y cinco caños.

«Mas otro registro de lleno tres de caños por punto con sus aumentos donde corresponda ciento y treinta y cinco caños.

«Mas otro registro de zimbala de otros tres caños por punto con sus aumentos ciento y treinta y cinco caños.

«Mas medio registro de corneta de cinco caños por punto y ésta ha de estar en un secretillo apuniente ciento viente caños.

«Mas un tambor en término de sol, re y pájaros.

«Y para toda esta obra se ha de hacer un secreto de pino con cuarenta y cinco canales con sus tapas y registros con sus tornillos y los registros han de ser partidos y han de salir a los lados del teclado.

«Mas una tabla de reducción con sus molinetes y tornillos para el movimiento del teclado, mas un teclado de gueso con cuarenta y cinco teclas y las negras han de ir perfiladas y han de ser de ebano.

«Mas árboles y tiradores de pino para usar de los registros, mas dos fuelles de dos varas de largo y una de ancho con sus

palancas y puente para entonar y los conductos correspondientes para conducir el aire desde los fuelles al secreto y un tablón de acanalado para la conducción del aire al flautado, y asimismo se ha de hacer una caja correspondiente a esta obra con la talla y arquitectura que demuestra el diseño, y así me obligo a ejecutar esta obra con las mismas circunstancias referidas y dándome el órgano viejo, y a satisfacción de persona de ciencia y conciencia en precio de cinco mil y quinientos reales vellón a que me obligo y para que conste lo firmo en Toledo y marzo treinta de mil setecientos cuarenta y cuatro.—Luis de Berrojo »

Informó sobre este concierto el organista de la Catedral don Joaquín Martínez, proponiendo que se añadiese: «el registro de lleno, que ha de constar de cuatro caños por punto y el de Zimbala de tres para que se junten con más viveza las voces».

Se había de dar terminado para octubre, y en 30 de septiembre informó Martínez que estaba muy bien hecho, y en la certificación que dió hace constar que Berrojo era afinador de los órganos de la Catedral. En 6 de octubre le acabaron de pagar la obra.

Otro organero de este tiempo fué Pedro Berroso, que en 1752 hizo órgano nuevo para la parroquia de San Andrés por 7.000 reales que probablemente no sería de Toledo, porque en la cuenta de fábrica dice residente y no vecino. En 21 de junio de 1758, lo había terminado y lo tasó D. Pedro de Echevarría, organero de Su Majestad, residente en Toledo, acaso el D. Pedro de Libonia Echevarría, autor de uno de los órganos de la Catedral. La caja la hizo un ensamblador, cuyo nombre quedó en blanco en la cuenta y la hizo en madera en blanco por 1.600 reales.

Entre los años de 1766 y 72 que comprende una cuenta de la capilla de la Epifanía en la parroquia de San Andrés, aparece componiendo el órgano realejo de la capilla el maestro organero José Arrate por 916 reales, pero a pesar de este aderezo, el órgano estaría muy malo, porque le hizo nuevo en 1778 Pedro Llaneza por 3.446 reales. En 1784 compuso el de la parroquia Francisco Díaz, y al de la capilla le puso ochavos y cañones nuevos en 1794 Francisco Martín y Pastor.

En 1781, Llaneza, antes citado y Francisco Antonio García, compusieron el órgano de la parroquia de la Magdalena por 2.070 reales, lo que supone haber sido una compostura muy grande, y ya entramos en el siglo XIX, en cuyo tercer año el ya nombrado Francisco Martín y Pastor, hizo una gran compostura al órgano de

Santa Justa por 3.500 reales, cuyo aderezo fué informado por D. José Verdalonga, organero de la Catedral.

Concluyamos estos apuntes diciendo que en 1815, José Monzón compuso el órgano de la parroquia de San Juan, y un nuevo aderezo le hizo en 1818 Luciano Monzón; que este año compuso el de San Andrés, Leandro García Martín, y en 1841 le puso fuelles nuevos al de la iglesia de San Andrés D. Ramón Monzón. Los Monzón formarían una familia de organeros distinguidos, pues éste lo era de la Catedral.

Como aún no he terminado el examen de todos los archivos parroquiales, saldrán seguramente nuevos organeros, y las noticias que encuentre en adelante serán objeto de un nuevo artículo.

VIII.—La iglesia de la Vida Pobre.

Ni Parro ni el Vizconde de Palazuelos, al ocuparse en el convento de monjas Jerónimas de la Encarnación, conocido por *la Vida Pobre*, dicen otra cosa sino que fué fundado por una hija bastarda del Rey de Portugal D. Fernando I, y que vendiendo cuanto poseía, hasta sus alhajas personales, se retrajo con otra mujer a una casa cedida para ello por D.ª María Díaz de Segovia. El ejemplo de D.ª María de la Vida Pobre, que así dió en llamarla la gente, cundió y llegó a tener comunidad, a la que se le concedió, por autorización apostólica, la regla de San Jerónimo en 1493. El convento construído frente a aquella primitiva morada, fué destruído e incendiado por los franceses durante la guerra de la Independencia, y lo que quedó de iglesia y claustros, vendido a un particular, se deshizo, para aprovechar los materiales, próximamente, en 1840. Hasta aquí los escritores citados; todo lo que va a leerse es, por lo tanto, nuevo. Los justificantes están en el archivo de la parroquia de San Andrés, que hoy radican en el Diocesano y cuyo examen nos ha facilitado nuestro buen amigo D. Ricardo Sánchez Hidalgo, a quien públicamente damos las gracias.

En el año 1609 (1), Alonso Castellón, natural de Córdoba, notable poeta en latín y romance y secretario del Santo Oficio de la

(1) Libro de "Memorias y capellanías de Alonso y Hernando Castellón en la Vida Pobre„.

Inquisición de Toledo, otorgó una escritura pública en 10 de Julio, por la que la priora Angela Bautista y las monjas de la Vida Pobre, dieron a Castellón en propiedad el altar que llamaban de la Piedad y bóveda para enterramientos a cambio de la creación de unas capellanías y de dotes para huérfanas. Le autorizan para enterrarse allí, a él; a sus mujeres D.ª Isabel de Torres y D.ª Petronila de Avila, y su hijo Hernando de Castellón, capellán de reyes viejos; D.ª María Carrillo, deuda del fundador, a quien había criado, y a los sucesores directos de ésta, autorizándole también para poner en el altar un frontal de mármol con su nombre.

Hasta este tiempo no se había hecho aún la iglesia nueva, porque en la misma escritura se estipula que al hacerla se le diese entierro en la capilla mayor y en el retablo se pusiese «el cuadro grande de San Jerónimo que yo tengo y trage de Roma, con una imagen de Nuestra Señora encima del otro retablo de propósito pintado en pared o madera a el parecer de mi sucesor.....», y por frontal la losa del retablo de la Piedad. Consta del documento que para la iglesia nueva habían comprado las monjas una casa. La fundación fué aprobada por el cardenal Sandoval.

En 5 de enero de 1638 otorgó su testamento, ante el escribano Diego Díaz, Fernando Castellón, canónigo de la santa iglesia, capellán mayor de la capilla de la Reina D.ª Catalina, vecino y natural de Toledo e hijo legítimo de Alonso Castellón y de D.ª Isabel de Torres, difuntos, esto es, del primer matrimonio de su padre. Dejó por él todos sus bienes al convento, pero aplicando primeramente las rentas a la terminación de las obras de la iglesia y de la capilla mayor; por consiguiente, en 1638, la obra estaba empezada, pero aún lejos de terminarse, tan lejos, que hasta 54 años después no se inauguró, trasladándose a ella el Santísimo Sacramento en 15 de Junio de 1692. Todas las noticias que ahora vamos a dar son de un cuaderno de «Cuentas de la testamentaria del Sr. Hernando Castellón, que dió el Sr. Juan García Dávila Muñoz», y comprende desde el año 1654 hasta 1700. Claro es que D. Juan García no hace más que empezar las cuentas y que las continúa D. Fernando García Dávila y Carrillo, canónigo arcediano de Talavera en la Catedral de Toledo, y por ellas sabemos que la obra de la capilla mayor se empezó en 16 de Agosto de 1661, con proyectos de las obras, probablemente, de D. Bartolomé Zumbigo, maestro mayor de la Catedral, y decimos probablemente, porque

en 1669 le vemos medir la obra y hacer la planta para el coro, así como asistiendo a todos los ajustes con carpinteros, herreros, caldereros y doradores, y es de suponer que igual intervención tuviese desde que las obras se proyectaron, a no ser que los planos fuesen de otro arquitecto y éste los continuase por fallecimiento o cesación del proyectista. La dirección inmediata o directa la llevó por contrata el alarife Juan Ramos hasta 1667, en que, por su fallecimiento, la continuó Diego de Medina hasta 5 de octubre de 1673, en que falleció y se la pagó a su viuda Felipa Baptista lo que la fábrica la estaba debiendo. También intervinieron otros de este arte, como Juan de Vega, alarife, que en 1663, a 15 de abril, midió la obra hecha hasta ese día, y Pedro González, maestro mayor de obras de esta ciudad, acaso sucesor de Zumbigo, a quien en 22 de febrero de 1692, meses antes del estreno de la iglesia, se le pagaron 480 reales por su trabajo y las trazas que había proyectado. Este pudo ser quien diese los últimos toques a la obra y quien dirigiera las de la decoración.

No existen descripciones de cómo fuera esta iglesia, pero de los datos encontrados por nosotros puede afirmarse que el crucero y la capilla mayor, debían parecerse a la iglesia en San Ildefonso, vulgarmente llamada de San Juan Bautista; esto es, que tenía una gran bóveda central terminada en una linterna y en los brazos de la cruz que formaba la planta, habia dos altares: el cuerpo de la iglesia no se sabe si tuvo una o tres naves, pero es probable que fuesen tres. La linterna terminaba al exterior con una gran bola de cobre de cinco arrobas y una libra de peso, obra de Manuel Carrera, a quien se le pagaron por ella 1.196 reales en 1674. Sobre ella se levantaba una cruz de hierro sujeta por cuatro escuadras y tres abrazaderas que pesaban 405 libras, obra del maestro herrero Alfonso Gómez y que costó 600 reales, y todo fuó dorado a fuego dos años después por José Visel, maestro dorador.

La gran cúpula era simulada como son todas las de este tiempo, es decir, que había una armadura de madera, y por debajo un cascarón de listones y yeso. La armadura la hicieron los carpinteros Juan Barrajón y Gregorio Gómez, que cobraron, sólo de manos, 1.460 reales en 1674, pero el cascarón no se hizo hasta muchos años después, en 1691, en que el carpintero Alonso Luengo hizo los cercos de las ventanas que lo iluminaban, cobrando por ellos 460 reales. El enlucido y las molduras de yesería que lo decoraban, las hicieron en 1679 Pedro Ximénez de Revenga y Alonso

Ibáñez, así como toda la yesería de la capilla. Las pechinas iban decoradas por el pintor José Ximénez Angel o José Angel solamente, como en otros lugares se le nombra, acaso nieto del famoso Pedro Angel, y en la clave de la linterna iba un gran florón de madera que talló el escultor José Machín y doró Francisco Fuertes (1).

Tenía la iglesia una puerta principal con clavos de bronce; eran las hojas de nogal, muy grandes, con postigos y las labró Alonso Luengo, antes citado, y Miguel Martín, maestro latonero, dió los 450 clavos que las adornaban a 3 reales cada uno.

Esta puerta estaba resguardada por de dentro por un cancel con dos postigos, que era de pino con los tableros de nogal moldado a dos aces, llevando de herraje cuatro pasadores y dos picaportes, obra de Alonso Corral, empabonados por Martín de Ibarra, que probablemente serán los autores de tantos picaportes y fallebas bellísimamente tallados que hay de ese tiempo, en casi todas las iglesias toledanas. Corral hizo también los dos aldabones, cerrojos y cerraja de la puerta grande, también empabonados por Ibarra.

Estaba la iglesia espléndidamente iluminada, entrando la luz por catorce ventanas con vidrieras blancas distribuídas por el cuerpo de la iglesia, la capilla mayor y la linterna, que medían nada menos que 516 palmos de vidrio, comprados a dos reales palmo al maestro latonero Gabriel de Torres, y otras once vidrieras iluminaban la sacristía, los coros alto y bajo, las tribunas y los pasillos, hechas también por Torres.

Las tribunas del convento a la iglesia eran seis, con rejas como los coros y las ocho fueron forjadas por Diego Carmena, así como la reja que cerraba el enterramiento de los patronos en la capilla mayor. Las pilas para agua bendita eran dos, de mármol, una grande y otra pequeña y las labró Eugenio Díaz, maestro de cantería.

El prebisterio tenía dos gradas de mármol labradas por Eugenio Díaz y Miguel Cabezas y había en la capilla mayor tres altares, el mayor sobre las gradas y los otros sobre tarimas y todos tres bajo doseles hechos por el maestro bordador de la Catedral Pedro

(1) Podríamos dar las noticias de lo que cada cosa costó, pero lo omitimos en gracia a la brevedad.

de Carmona, utilizando unas colgaduras carmesí y verde que poseía y dió el albacea D. Fernando Dávila.

De como fuesen los altares colaterales, no podemos decir nada; pero sí del retablo mayor, que se reducía a un gran cuadro de la Encarnación comprado por el fundador en 320 reales no se sabe a quién, al que le puso un gran marco tallado José Machín y lo doró Francisco de Fuertes. Delante había un pedestal muy fuerte y sobre él el tabernáculo y más delante, la mesa de altar, que era obra de Machín. Cómo y de qué fuese el pedestal, es de difícil averiguación, pero se sabe que en su composición entraron 960 libras de plomo vendidas por Pedro del Sol e importaron 1.920 reales y que asentó y doró el latonero Francisco Carlos, dándole de colores José Visel, maestro pintor; sobre él se veía una gradilla, de la que se levantaba una custodia, obra de Machín, y dorada por Juan Alonso, que tenía 16 vidrios traídos de Madrid. Es muy probable que no fuesen tales vidrieras, sino espejos, porque la puerta no era transparente y la pintó José Angel. No consta quién hizo la cerradurita, llave y bisagras, pero sí que las doró a fuego Martín de Ibarra.

Esto es lo que sabemos de la capilla mayor; además hemos averiguado que el comulgatorio de las monjas tenía dos puertecitas y dos altarcitos, tallados por Machín. Que el monumento de Semana Santa, de la iglesia vieja, se llevó a la nueva, aumentándole, y que la carpintería nueva era obra de Esteban del Campo y la pintura de José Angel. Que en la torre se puso una campana nueva de 8 arrobas y 18 libras de peso, fundida por Gregorio Barcia, vecino de Madrid; que la puerta del coro fué trabajada por Juan Barrajón y los seis tirantes y la solera visible que sostenían el mismo, los talló Juan Díaz Marcote, vecino de Toledo; que los guadamaciles para los altares, en número de 24, se trajeron de Madrid, y, finalmente, que como se tardaron tantos años en la construcción del cuerpo de la iglesia, necesitó reparos de los que se encargaron los maestros de obras Juan Fernández y Pedro Ximénez Revenga.

No sabemos más; entre los muchos nombres nuevos de artistas y de artífices, algunos son de verdadera importancia, como demostraremos en otros artículos en que daremos a conocer obras de alguno de ellos que aún no se conocían más que como anónimas.

IX.—La Calle del Bisbís.

En la nomenclatura de las calles toledanas no hay nombre alguno que excite más la curiosidad respecto a su significado, que el que encabeza estas líneas. Confieso que desde mis primeras visitas a Toledo, se clavó en mi imaginación y le he dado mil vueltas y me ha inspirado otras tantas preguntas con resultado absolutamente negativo, pero hace pocos días que, registrando papeles del archivo de la extinguida parroquia de San Bartolomé y San Zóylo, conocida por San Bartolomé de Sansoles, he hallado la clave de este enigma, que como verá quien leyere, resulta sencillísimo.

Es cosa sabida y harto repetida, que las calles no tenían antiguamente nombre alguno y el vecindario les daba el que le parecía con arreglo al apellido del vecino más conocido o más importante de los que vivían en ellas; por algún edificio religioso o público que en ellas hubiese; por habitar en sus casas y tener las tiendas los maestros de tal o cual oficio, o por cualquier objeto que fuese permanente en cada una o simplemente por algún pormenor chocante de alguna fachada. Por esta razón, en Toledo se llama de las Armas, de la Chapinería, de la Borceguinería, etc., a las que albergaban a los armeros, chapineros o borceguineros; del Nuncio, de la Cárcel, a las que tenían el hospital de dementes o la prisión de los delincuentes; de la Mano, por haber clavado la justicia en el dintel de una casa la mano de un asesino ejecutado en Zocodover; del Hombre de Palo porque en ella había una figura de un hombre que con un cepo pedía limosna para los locos del Nuncio Viejo, y así sucesivamente. Respecto a los habitantes, sirva de ejemplo el callejón de Monegro por haber nacido, vivido y fallecido en una de sus casas el célebre escultor, y cito este ejemplo, porque lo es también de cómo el vulgo altera los nombres, hasta degenerar Monegro en Monago, que es la palabra que hasta hace muy poco figuraba en el azulejo de las esquinas de aquella estrecha vía. Esta misma degeneración es la que ha creado la palabra *Bisbís*, como vamos a ver, aunque según me dicen personas dignas de crédito, no ha faltado quien viese en ese nombre un recuerdo de la época árabe, asegurando que significaba castillejo o cosa parecida.

Nosotros podemos afirmar hoy que en 1747 aún no tenía nom-

bre oficial. Pocos años después, en 1766, se llamaba de Vilbis, y así continuaba denominándose en 1817; de modo que desde ese año en adelante fué la transformación de Vilvís en Bisbís con que aparece ahora rotulada. Pero es que tampoco se debe llamar de Vilvís, porque esta palabra es corrupción a su vez de Belvís, apellido de un propietario y morador, de quien inmediatamente nos vamos a ocupar.

En esta calle había unas casas principales, sobre las que radicaba un censo, de 400 mrs. en favor de la parroquia de San Bartolomé de San Soles desde tiempo muy antiguo, pues ya lo tenía en 1488, en que Catalina Ximénez, mujer del comendador Juan de Córdoba, las compró al convento de Madre de Dios. Existen escrituras de reconocimiento de este censo, de Mayor Alvarez en 1492; de Luis de Belmonte el mozo en 1506; de otro Luis de Belmonte, hijo del anterior, en 1542; de Pedro de Madrid en 1546, y por el hijo de éste, Diego de Madrid y Abendaño, en 1601. En 1665, D. Diego de Santa Cruz Busto Cañedo, vecino de Toledo, poseedor de las casas por donación de D. Félix de Toledo y Losada, las vendió a Juan Carriero, maestro del arte de la seda, quien reconoció el tributo. Testó Carriero en 1680, y dejó por heredera de las casas a su mujer D.ª María Espinosa, que contrajo segundas nupcias con Gabriel Sánchez Belvís, también maestro del arte de la seda, y que heredó a su mujer por testamento cerrado de ésta, abierto en 31 de marzo de 1698. Sánchez Belvís se volvió a casar con D.ª Feliciana de Avila, viuda de Alonso Díaz de Contreras, y como ésta falleciese en 1704, reincidió en el matrimonio, por tercera vez, Belvís, casándose con D.ª Inés Pérez de Gálvez, que le sobrevió y heredó. La muerte de Belvís debió ser en 1739, porque en ese año la viuda reconoció el tributo e incorporó toda la casa a una memoria de misas fundada en San Bartolomé por su marido, viniendo figurando desde entonces la renta de este inmueble en las cuentas de la parroquia cada vez que eran visitadas por el ordinario. Véase cómo este maestro de la seda vivió, y probablemente tendría sus telares en aquella calle, más de cincuenta años, con lo que a la calle sin nombre le quedó el de Belvís, apellido del sedero. Hay que tener en cuenta que durante la vida de éste la gente le había corrompido el apellido, y en muchas cuentas se lee Vilvís, que es el nombre con que la calle fué primeramente conocida, según hemos visto. La transformación Bisbís es natural y sencilla. La *v* no se ha pronunciado nunca por

el pueblo español, y por lo tanto, el cambio en *b* es natural, y lo único que se ha alterado, en sustancia, es la *l* por una *s*, también por deficiencias de pronunciación, muchos años después de fallecido el sujeto apellidado Belvis.

Hemos dicho antes que en 1747 esta calle no tenía nombre, y vamos a demostrarlo copiando las palabras con que en esa fecha se la situa en los libros de cuentas de fábrica de la parroquia, y es como sigue: «dos casas a la collacion de Santo Thome, junto a el Arquillo, donde dicen Caños de Oro.....» Así dice en un lugar, y en otro: «casas a Caños de Oro que poseen los herederos de Gabriel Sanchez Belvis, maestro del arte de la seda.....», y más terminantemente, en una nota: «La casa en esta ciudad en la collacion de Santo Thome, en la cuesta de las Recogidas, que es la callejuela que del Banco, y Plazuela del Herrador del Arquillo, sube a la calle real de Caños de Oro (que es la que desde las espaldas de las Carnecerias sigue hasta el remate de la calle de Bullas viexas) y está hoy dicha casa la segunda de mano izquierda como se sube deste dicho Arquillo». Está claro que la calle no tenia nombre, y tan claro que, si hubiera tenido alguno, no hubiera sido necesario ponerle la determinación comprendida entre paréntesis. El inquilino de esta casa en 1776 y muchos años después era Pablo Sánchez Comendador, tal vez ascendiente del notable artista D. Buenaventura, tan conocido por sus admirables obras de metalistería y de iluminaciones.

Perdone el lector que le hallamos entretenido con estas menudencias, pero bueno es ir poniendo en claro todo lo toledano, por insignificante que sea, y no será ésta la sola menudencia con que le distraigamos de hoy en adelante.

X.—Algo de Toros.

Para que haya de todo en los archivos parroquiales, también se encuentran algunos datos referentes a lo que ahora llamamos *fiesta nacional*, aunque no precisamente de las corridas de toros, pero sí de lo que costaban los balcones cuando éstas se celebraban.

D.ª Catalina de la Fuente hizo, por su testamento, una fundación de dotes que aún perdura y se dan por la parroquia de Santo Tomé, y entre otros bienes dejó para ellos dos casas en el portal de la carpintería de Zocodover, que era desde el arco de la Sangre de Cristo hasta el cuartelillo actual. Las casas de D.ª Catalina eran

las que estaban «arrimadas a la Sangre de Cristo», es decir, las que hoy posee el conocido industrial D. Angel Cantos, Presidente de la Comisión del turismo. Los albaceas, Dr. Alonso de Arias y Juan de la Fuente, el primero cura y capellán mayor de San Pedro y el segundo hermano de la testadora, rindieron las primeras cuentas en 1611, y están entre los papeles de la Parroquia de Santo Tomé en el archivo diocesano.

Los balcones y ventanas de estas casas eran los más a propósito para presenciar las fiestas que en Zocodover hubiese, y lo primero que hicieron los albaceas fué asegurarse de poseerlos cuando la ocasión se presentase y los alquilaron por escritura. Esto se deduce del asiento en las cuentas de 1611, que dice: «Alquiler de los balcones de las dos casas 9.044 mrs: los 6.800 mrs. que paga el doctor Alonso Arias de dos años del vn balcon a rraçon de cient reales, cada año en que declararon tenerle alquilado por escritura y los seis ducados en que se concertó el otro valcon con Juan de la Fuente albacea que lo ocupo por la tarde los dichos dos años, por que por las mañanas le ocupo el corregidor de esta ciudad».

En la misma cuenta, en la data, hay este asiento: «Iten dan por descargo veynte y vn reales que repartieron al balcón que queda por quenta de la hacienda en las casas a la Sangre de Christo del repartimiento de la plaça. El año de seiscientos y diez mostraron carta de pago». Entiéndase que esto corresponde a una contribución que el ayuntamiento ponía sobre los balcones siempre que había fiestas y que nunca era igual.

El arrendamiento del Doctor Arias, estaba ajustado en cien reales al año, y el año que no hubiese fiestas, «no pague blanca». Hubo toros en 1610, 13, 14 y 15; y en 16 hubo «fiesta real de nuestra señora del Sagrario», y «aunque hubo otras dos fiestas en estos dos años en las vnas se fué el corregidor a el balcón y en las otros puso la ciudad un tablado delante», de modo que no se pudieron aprovechar los albaceas de los balcones. Hubo fiestas también en los años siguientes, ecepto en 1622, hasta 1630. Hay una interrupción en las cuentas de varios años, y sólo consta que no hubo fiestas en 1644 y 45, y que en 1661 se alquilaron los balcones de las dos casas en 974 reales.

Por el libro de cuentas que empieza en 1666, se sabe que este año produjeron los balcones 32.402 mrs. No hubo fiestas en 1667 y 68, ni el 70, pero sí en el 69 que cobró la Memoria 38.040 maravedís, y en 1671 produjeron los balcones y la azotea 48.280.

No hubo toros hasta 1685 que produjeron los huecos 18.360 maravedís en esta forma: 1.ª casa, 1.er balcón 200 reales; 2.º, 116 reales; 3.º, 65 reales, y el terrado se le dejó al inquilino.

2.ª casa, 1.er balcón se dió al patrón de las memorias por 100 reales; 2.º, no hubo quien lo alquilara y estuvo cerrado, y 3.º, 65 reales.

En 1686 no hubo fiestas y después en la cuenta de 1701 se lee:

«Iten se le cargan seiscientos reales que balen veinte mill y quatrocientos mrs., en que se beneficiaron los balcones que quedaron libres de las dos casas a Çocodober en las fiestas de toros que se corrieron a su Mag.d que santa gloria aya, en los años de nobenta y siete por octubre y el de nobenta y ocho por Mayo, los quinientos reales dellos de la fiesta del año de nobenta y siete y los ciento restantes de el de nobenta y ocho; constó por su declaración jurada.»

En otro libro de las memorias de D.ª Catalina que empieza en 1686, con referencia a esto mismo, se lee al margen: «fiesta de todos en Otubre de 1697». Texto: «En la fiesta de toros que ubo en Çocodober en el mes de Otubre de el año de 1697; estando sus Reales Majestades en ella, de el tercero y quarto suelo que dejaron a los dueños de las casas=de ambas casas se sacaron libres para las Memorias quinientos Reales.»

Al margen: «Fiesta de toros año de 1698.» Texto: «Mas de las dos fiestas de toros que ubo en Çocodober en el año de nobenta y ocho que asistieron a ellas sus Majestades tan solamente se sacaron cien Reales.»

Estas noticias como se ve son interesantísimas, pues no sólo dan a conocer la presencia en las fiestas de Carlos II y su mujer, sino que dicen cuáles fueron los balcones que ocuparon y sería muy conveniente que el Sr. Cantos pusiese una lápida en sus balcones primeros conmemorativa de la presencia de los reyes en aquel sitio y con qué ocasión, teniendo en cuenta que cuando aconteció ésto estaban ya reedificadas estas casas después del incendio de 1642, de modo que los balcones son los mismos.

Volviendo al libro antecedente, veremos que en 1704, a 11 de Agosto, hay fiestas que producen 800 reales, valiendo los primeros balcones a 180, los 2.º a 140 y los terceros a 80.

En 26 de Septiembre de 1707 hubo toros, y se pagaron por los balcones de estas casas 853 reales. En estas fiestas puso el corregidor los precios para los dueños a 220 reales los balcones bajos y 154

y 100 los 2.os y 3.os, encargándose él mismo de repartirlos y «sucedió (dicen los cuentadantes) que asta la víspera no se supo a quién los repartió, y abiéndose sabido a quién, le devolvieron las voletas lo uno por lo caras porque además de los precios referidos los subió una tercera parte en cada uno más, para ayudar al gasto de las fiestas, y lo otro por estar a el Sol y habiéndome valido de todos los medios posibles para que no se quedaran cerrados como se quedaron otros muchos en la casa.....»

No volvió a haber toros hasta 25 de junio de 1732. «Con motivo de la traslación que se hizo de el Santísimo Sacramento a el nuevo trasparente que se hízo en la Santa Iglesia Primada; y se advierte que aunque dichos balcones importaron mil quinientos y quarenta reales a setecientos setenta cada casa, los cinquenta reales de la diferencia pagaron menos los que la vivían en atención al sumo trabajo e inquietud que tuvieron», respecto a esta misma función se dice en otro lado: «repartió el Sr. Corregidor los tres primeros balcones en cada casa y puso precio en todos, los primeros a 300 reales, los segundos 220, los terceros 150 y los cuartos 40.»

No debió haber fiestas hasta 1766, pues no se consignan ingresos en los años intermedios, y en este año los hubo en 19 de junio en que el Corregidor puso los precios de 240, 175, 120 y 80 reales a cada balcón respectivamente. Hubo otra en 21 del mismo mes y los precios fueron de 180, 130, 90 y 60 reales. Finalmente en 1.º de octubre hubo también toros, y a ellos se refiere el asiento siguente: No habiendo quien tomase los balcones, dice el cuentadante, «me valí de poner cédulas en ellos para ver si habia quien los ocupase, porque no se quedasen vacíos, y habiendo podido conseguir el que los tomaran rebajando del precio que habia puesto el señor Corregidor, saqué de las dos casas lo siguiente. Primeros balcones 180 reales. Segundos balcones 152 y medio, terceros y cuartos 80 reales, que hace todo producto de la casa 552 reales y 16 mrs.»

Con relación a algunas de estas fiestas, en el archivo de la parroquia de San Lorenzo hallamos una casa en Zocodover en el portal de la vidriería que Juan Bautista Monegro, había grabado para una fundación en aquella iglesia.

La fundación es de 1603, pero no hay cuentas de ella hasta 1686, y éstas comprenden englobadas las de los 15 años anteriores. En este período sólo hubo en Zocodover dos fiestas de toros, y los balcones de la casa produjeron 420 reales. En 1707, hubo otra y dieron por los balcones 400 reales, de modo que se habría casi

duplicado el alquiler y por lo tanto la afición y siguió en progresión, pues en las fiestas de 1732 dieron por ellos 720 reales.

La fundación de D. Alonso de Acre en el Convento de San Agustín, cuyos papeles están hoy en el archivo de la Parroquia de San Martín, tenía otra casa en los mismos portales de la vidriería, y el ayuntamiento, en 1732 le mandó a la fundación cubrir el portal, que no lo estaba, y elevar un piso a la casa hasta igualar con las laterales, de modo que la casa quedó con tres balcones, uno en cada piso. El mismo año hubo la fiesta última, citada anteriormente, que fué el 25 de junio, y produjeron los tres balcones 660 reales en esta forma: «Trescientos reales del primer balcon en que le tubo D. Joseph de la Cueva, regidor y vecino de esta ciudad; trescientos y veinte reales el segundo balcon, en que le tubieron D. Francisco Gallego de Llamas y D. Joseph Jacinto Sanchez, jurados. Y los ciento cincuenta reales restantes el tercer balcon, que le tubo el preinserto notario todo en conformidad de la regulación hecha por el señor corregidor de esta ciudad». En la cuenta se conservan los billetes (pudiéramos decir) que son una papeleta en octavo, con orla de imprenta y dentro dice: «Vidrieria | En la casa, numero *61* que es de la *Visita* | *Ecless.* en que vive *Jn.º Agapito* Se reparte | para la fiesta de Toros del día 25 deste mes, a | *los S.res D. Fr.co Gall.º y D.n Jph Xag.to San.ez* el suelo *segundo* por | el qual ha de pagar al dueño de la Casa *220* | reales. Toledo y Junio *23* de 1732, años. | *Olias.*

Todo es impreso menos lo subrayado, que está manuscrito.

Hasta el año de 1750 parece que no hubo nuevas fiestas de toros, al menos en Zocodover, y en este año se alquilaron los balcones en 670 reales, es decir, diez más que lo que costaron en 1732. En 1776 hubo dos corridas en los días 19 y 28 de junio, y otra en octubre. Bastante antes, en 28 de abril, mandó el ayuntamiento reconocer y reparar las casas de Zocodover, y como la capellanía no tenía dinero para los reparos, tuvo que tomarlo prestado de Juan de Mata Arabio. En las fiestas de junio produjeron los balcones 1.190 reales, y en la de octubre 320.

Esta fiesta de octubre no fué corrida de toros, sino de *Bacos*, y se celebró para allegar recursos con que acabar las grandes obras de la parroquia de la Magdalena, que la dieron el aspecto moderno greco-latino que hoy tiene, haciéndole perder el ojival o románico que antes tendría. Para ellas se hicieron rifas de un relicario de oro que produjo 1160 reales; de una docena de cubiertos

que alcanzaron la cifra de 2.100; una medalla grande de la Virgen del Sagrario trajo un ingreso de 1.343 con 20 maravedís; un juego de hebillas de plata facilitó 214 reales con 8 maravedís; una bandeja de plata 644; otra medalla de la Virgen del Sagrario, 50 reales; otras rifas diarias en Zocodover desde el 9 de diciembre de 1775 a 11 de agosto del 76, produjeron 9.071 con 18 maravedís, y por último, la corrida de *Bacos* dió 2.649 reales con 18 maravedís. Con esto y las limosnas facilitadas por el cabildo catedral y cofradías, que fueron 2.600 reales, y lo que se pidió por las casas, que fueron 6.454, se juntó lo necesario para la conclusión de las obras.

Y no sé más por ahora de las fiestas de toros.

XI.—La Ermita de la Rosa.

En el archivo diocesano se guarda entre los papeles de la parroquia de Santiago del Arrabal, un libro de inventarios de la Virgen de la Rosa, y su ermita, que empieza en 1671, pero que no ofrece interés hasta el formado en 15 de marzo de 1775 en que se lee lo siguiente:

«Primeramente un retablo en donde está Ntra. Sra. de la Rosa que es de pintura primorosa en una losa de piedra al parecer de alabastro, metida y encajonada en una urna con su puerta de cristales finos por delante y su cerradura y llave, tiene a los lados sus dos columnas de madera vestidas de talla, con sus targetas que hacen juego y correspondencia al adorno que entiva sobre una gradilla de la misma talla: sobre las dos columnas que forman el primer cuerpo, sale el segundo con que cierra y es un quadro Pintura de lienzo de S.to Xpo de Burgos, como de vara y quarta de alto y más de vara de ancho, su marco guarnecido de talla y su targetón por remate. El campo de dho retablo está imitado a piedra jaspe y toda la talla y molduras doradas: tiene su mesa de altar de madera Grande y Capaz y su tarima de lo mismo a lo largo. Al pie del quadro del S.to Xpo de Burgos, salen quatro mecheros para poner luces». Dentro de la urna había dos niños de Nápoles, que uno era San Juan y otro era Jesús, con diademas y rayos el segundo y con corona el primero, al parecer de plata. Delante del retablo había dos arañas de tres mecheros y en las columnas se veían dos cornucopias de a tercia de alto, doradas.

A los lados del retablo se veían dos mesitas de altar con sus adornitos, y en la derecha una Santa Catalina de Sena, de piedra,

de tres cuartas de altura, y en la izquierda un San Esteban del mismo tamaño, y ambos con cercos de madera dorados. Los frontales de estos altarcitos eran encarnados con cenefas de damasco y sobrepuestos, y sobre cada mesa había una cruz de bronce y dos ramilletes.

Había altares colaterales. El del lado derecho, adornado de talla, lucía una pintura grande del Divino pastor, de cuerpo entero, con marco de talla; dos gradillas talladas y arriba, por remate, un tarjetón. Todo imitaba jaspe con las molduras doradas.

El de la izquierda, era de arquitectura igual al otro y el cuadro representaba la impresión de las llagas de San Francisco. Delante, sobre una gradilla, estaba una Virgen de vestir, de dos tercias de alta, con peana de serafines, corona de bronce, rostrillo con perlas de cera y piedras falsas y encajes finos, y el vestido era de persiana encarnado con flores blancas.

Había en la iglesita además dos urnas con el nacimiento del Salvador y San Juan, hechos en cera y que ahora están en la iglesia de la Magdalena, y ante el altar mayor alumbraban una lámpara de azofar y dos arañas de madera de a cuatro mecheros.

Había púlpito de hierro; muchos cuadros, sobresaliendo un San Pedro y un San Pablo, que flanqueaban el retablo mayor y tenían tres varas de altos por una y tercia de anchura. En el techo, pintados, se veían San Francisco y San Agustín, de medio cuerpo, a los pies de la Virgen de la Rosa.

Sobre la puerta se hallaba un «Víctor de madera con pintura de Nuestra Señora».

También se consigna en el inventario «Una bandeja de hoja de lata dorada y plateada», y una plancha de cobre para tirar estampas de la Virgen.

La ermita tenía casa y jardín.

Rafael Ramírez de Arellano

Numerario y Director.